

— ¡Ah! ¡pues es verdad!—dije mirándome asombrado;—pues no sé por qué voy vestido de esta suerte.

Mi amigo dió nuevas muestras de inquietud. Pero repentinamente me acordé de todo y exclamé:

— ¡Ah! ¡ sí, ya lo sé! Iba á ir á una representación de gala que hay en la Opera.

— ¿Tenéis billete?

— Sí, una butaca.

— ¿Y no la vais á aprovechar?

— No, ya no quiero ir.

— ¡Ah! ¿estará ella en la Opera?

— Sí... sí... yo no voy...

— ¿Y por qué esa resolución si no estáis ya enamorado? ¿No acabáis de decírmelo? Estáis curado, os habéis salvado, ¿qué peligro correréis? Vamos, acompañadme; me encuentro en la misma situación que vos, tengo también billete para esa representación de gala. Venid, que estará magnífica. Paréceme que necesitáis ruido, agitación, distracciones. Y entíendase que yo dispongo de vos sin el menor reproche por vuestra parte, del mismo modo que vos dispusisteis de mí á vuestro antojo desde París á Lieja.

El reconocimiento me obligaba á obedecer, y... en el fondo, no me contrariaba juzgar por mí mismo del efecto que produciría mi collar con las luces del teatro.

XXI

Durante un entreacto ocupé mi sitio. La mayor parte de los espectadores de las primeras filas no habian dejado sus butacas á fin de dirigir los anteojos á su sabor por el anfiteatro y los palcos. El golpe de vista era sorprendente: la mayor parte del París elegante se habia apresurado á porfía á hacer, en favor de aquella representación extraordinaria, una infidelidad de unas cuantas horas al campo y á los baños de mar. Un gran murmullo llenaba la sala, radiante de luz y de placer. En aquella pesada atmósfera flota, á pesar del resplandor de las arañas, más numerosas que de costumbre, una especie de niebla que á medias oculta los pisos superiores. El calor es terrible; el ambiente cargado de perfumes embriagadores. Las mujeres se hallan reclinadas en sus butacas, con sus semblantes resplandecientes de belleza, transpirando sus ojos medio cerrados, los labios entreabiertos, la nariz dilatada, la cabeza inclinada, sonrientes, lánguidas, como enervadas por una beatitud interior, sumergidas en éxtasis.

Al principio no quise buscarla; obligaba á mi vista á huir del lado de la sala donde ella debería estar. Pero bien pronto, arrastrado

hacia ella por una fuerza magnética, la distinguí en un palco, completamente al descubierto. Había aprovechado el entreacto para levantarse, y recostada en la pared, con una actitud de reina, fría y desdenosa en apariencia, entregaba á las miradas su cimbreante talle, sus caderas anchas y desarrolladas, sus brazos desnudos y su pecho amplio y duro, escotado hasta un extremo inusitado. Todo ese cuerpo magnífico parecía ofrecerse, y al contemplarle á pesar mío, turbado ya por los effluvios, las desnudeces, los murmullos y las languideces de aquella sala, sentía apoderarse de mí un gran desfallecimiento.

Terminado el entreacto, volvieron los músicos á ocupar sus asientos, y el telón se alzó. Me volví hacia el escenario para ver el baile prometido en el programa. Derecho en mi butaca, apoyándome en los codos, y con los gemelos en la mano, me prometí, para olvidar lo que había visto en la sala, no perder un solo instante de vista las pantorrillas de las bailarinas. Puede ser que entre tantas encuentre un par de éstas que consigan llamar mi atención. Pero, apenas vi unos cuantos pasos de las primeras de ellas, cuando, sin querer, maquinalmente, mi cabeza dió un cuarto de conversión á la izquierda, mi cabeza, mis brazos y mis gemelos siguieron el movimiento, y me encontré vuelto hacia ella por completo.

Hundida ahora en una butaca, en una postura lánguida y descuidada, tenía en una mano un ramo de rosas, y en la otra un abanico que agitaba lentamente á la altura de su pecho.

Con aire tranquilo y las pupilas medio cerradas, se abandonaba voluptuosa al dulce ruido de la música. Su corte se halla en el palco colocada en orden de batalla; el padre, clásicamente vestido, solemne, como quien tiene conciencia de la elevada misión que está llamado á desempeñar; la amiga inseparable, haciéndose la chiquita y ocultándose discretamente en la sombra proyectada por su espléndida compañera, y la madre, alerta, vigilante, activa, recogiendo como de paso todas las miradas dirigidas sobre su hija, respondiendo á las sonrisas que la dirigen, tomando notas. Podría decirse que esta vieja, mi implacable enemiga, había descubierto mi presencia en la sala, y murmuraba entre sus desvencijados dientes:— En tu época no ocupábamos tan magníficos palcos; nuestro triunfo no era tan completo; me felicito cada día más de haberte destronado para elevar al peruano á los honores supremos.

Sí, veo claro tu juego, ahora. La fiebre que me domina, agujonea mis nervios y me presta asombrosalucidez: eres tú la causante de todo, la que me ha perdido. Yo había descuidado el interesarte en mi causa, había desconocido tu autoridad, había olvidado que era contigo solamente con quien debía contar. Te has vengado. Me imaginaba tontamente no tenerme las que entender más que con mi amada, y por el contrario, eran los que la rodeaban los que me precisaba conquistar, á fuerza de cuidados, de adulaciones y sobre todo de regaños pequeños y á veces grandes también. ¡Ah!

si desde un principio hubiese caído en la cuenta y me hubiese entendido contigo, aún reinaría yo. No sólo no hubieras introducido al enemigo en la plaza, sino que tú misma hubieras dirigido contra él tus terribles baterías. He tenido razón cuando hace un instante creía en el amor desinteresado de tu hija, ella ha sido sincera; pero he hecho muy mal en olvidar que tú no la permitirías por mucho tiempo que lo fuese, que tú cuidabas de hacer su fortuna y la tuya. Demasiado hábil, y por contrariar nuestros amores desde un principio, te has mostrado parte, el día que has visto empezar á debilitarse su amor, y le has dado el golpe de gracia. Cuando ya no me ha querido, se ha vuelto hasta cruel; está en el orden natural de las cosas. La cortesana ha aparecido entonces y se ha dado prisa en pensar en el interés, largo tiempo descuidado, por causa mía. ¡Y pensar que me se había advertido todo esto! Y la experiencia de todas mis pasadas aventuras deberían habérmelo hecho ver claramente. ¡Ay! las personas y las cosas, sin cambiar jamás, se presentan siempre ante nosotros bajo nuevas formas que nos impiden reconocerlas y ponen á prueba nuestro saber, y caemos en las mismas faltas que otras veces. La práctica de la vida nos lleva á establecer, sobre cualquier asunto, reglas generales, á que no obedecemos, por creer encontrarnos enfrente de una excepción.

Bastante he filosofado sobre mi amada; dignaos escucharme, querida suegra. Acaso haya medio de entendernos. Estoy pronto á

hacer nuevos sacrificios, y es con vos, esta vez, con quien entraré en tratos... ¿Qué queréis? ¡El amor que por ella sentía ha vuelto á apoderarse de mí!... ¿Pero me había dejado libre alguna vez?... ¡Está tan bella esta noche!... Soy un loco, un cobarde, convenido. Pero quiero una hora, una hora no más de abandonarse á mí como otras veces... No hablemos ni siquiera de él: no seamos exigentes: no es su fuerte el abandonarse. No pido más que una hora de posesión. ¡Ah! temo su frialdad, la conozco... ¡Ella es la que me exalta, la que me ha perdido!

Las bailarinas habían hecho pasos notables y maravillas de elasticidad y de gracia; habían llenado la sala con sus sonrisas, é inflamado al público con sus miradas, sin haber tenido conciencia de sus proezas ni de sus esfuerzos. Ahora, cae el telón, y un nuevo entreacto comienza. ¿Por qué no he de aprovecharle en acercarme á ella yendo á su palco á saludarla? ¡Oh! ¡después de lo que me ha hecho!... ¡Y por qué no, si muero de envidia!... No... de ningún modo... no está en su casa, en ese palco; está en la de él; en casa del peruano. Y á propósito, ¿dónde estará? ¿No se habrá dignado venir á la Opera á contemplarla? ¡Por vida del!... ¡Es buena idea! ¡Contemplarla! ¡Cómo si no pudiera hacer cosa mejor!

Un gran movimiento se observa en estos momentos en su palco. El padre se ha levantado, y, siempre solemne, penetrado de la gravedad de la situación, se inclina profundamente; la amiga dejó su asiento de primera

fila apresurándose á desaparecer; la madre, que se hallaba ya medio dormida, mueve su butaca, mientras sus labios marchitos tratan de sonreirse.

¡Es él! ¡indudablemente es él!

¡Ah! voy á verle en coloquios con ella. ¡Así podré reconocer si ella le quiere ó no! si me ha despedido por amor á él ó por amor al oro. Limpié los cristales de mis gemelos, los gradué bien y los coloqué ante mis ojos. Se agitan bastante en mi mano temblorosa; mi vista se oscurece y se pierde, pero adivino lo que la emoción me impide distinguir con claridad.

¿Por qué has adquirido esa reputación de fealdad? Porque, sin duda, no estamos acostumbrados á esas miradas de Ultramar, á ese tinte amarillo, á esas arrugas precoces, á esas carnes enjutas y comidas del sol de los trópicos. Pero sus cabellos y sus cejas son muy espesos y de un negro azulado muy extraño; tiene una mirada aterciopelada y dientes de negro. Me explico muy bien que ese ejemplar de la *zona tórrida* pueda ser agradable á una parisién; la causa asombro; excita su curiosidad, y, en las mujeres, con suma frecuencia la curiosidad y el deseo van el uno en pos de la otra.

El está en pie detrás de la butaca que ella ocupa, medio encorvado é inclinado hacia ella. Diríase que no contento con admirarla tal como ella está, sus curiosas miradas anhelan descubrir otros horizontes y penetrar en el infinito.

¿Pero cuál es la actitud de ella? ¿La hace verse libre de su languidez la presencia de su amo y señor? Si, sus mejillas colorean más que antes; su postura es más abandonada, sacudimientos nerviosos agitan sus labios su seno inanimado hasta entonces, se conmueve y se agita... ¡Ah! acaba de volverse hacia él y ha plantado fijamente sus ojos en los del peruano. Esto es demasiado; voy á separarles; voy á abofetearle.

XXII

He abandonado precipitamente mi asiento, y me he dirigido á los pasillos; de un salto he franqueado el tramo que conduce á palcos planteados, y después de orientarme me he llegado al suyo.

He avanzado hacia él, y con voz bastante fuerte le he dicho:

—Caballero, ¿por qué cerráis el palco al ir yo á entrar?

—No me había dado cuenta de que era ese vuestro deseo, dispensadme — me dijo con extremada finura.

—Eso es imposible...

—Os lo aseguro...

—Que no es posible, os he dicho...

—Vuestra insistencia es injuriosa.

— ¡Pues que lo sea!

Me miró asombrado, y después, sin perder su calma:

— Parece caballero, que tratáis de armar una cuestión.

— Tal vez.

— Entonces es inútil que tratéis por más tiempo de buscarla, la habéis encontrado ya. Servíos decidme vuestro nombre para tener el honor de enviaros mis padrinos.

— Aquí está mi tarjeta.

— Y esta es la mía.

Me saludó cortesmente y se alejó. Al llegar á un mechero de gas, se paró, y echó una ojeada sobre la tarjeta que acababa de entregarle. Mi nombre, que sin duda ha oído pronunciar en su casa, le da la explicación de mi conducta. Se encogió ligeramente de hombros y entró en el *foyer*.

En el mismo instante, mi amigo Pablo C... que presenció el final de esa escena, me cogió del brazo y me sacó fuera de la sala.

Después de haberse puesto á mi disposición para el día siguiente, me dió detalles interesantes acerca de mi adversario, á quien no conocía yo más que bajo un aspecto. Pasa por ser un espadachín de primera, y el juego suyo es tanto más terrible, cuanto que no tiene nada de clásico ni de conocido. Posee además en el terreno, á donde ha acudido muchas veces, una sangre fría asombrosa que le hace dueño de la situación.

Estos informes, destinados evidentemente á calmar mi ardor, y á inspirarme ideas pacíficas,

me fortificaron aún más en la resolución de rechazar enérgicamente toda tentativa de arreglo que se me propusiese.

En la disposición de ánimo en que me hallaba, la estocada que se me prometía y hasta se me garantizaba, no podía asustarme; me alegraba por el contrario. El sufrimiento físico concluirá con el moral; si curo de la herida, tengo la probabilidad acaso de verme también curado de mi amor.

Entré en mi casa, puse en orden mis asuntos, y, naturalmente escribí una larga carta á... ella. No sería yo un hombre completo, si en las actuales circunstancias no cometiese esta última necesidad.

XXIII

No se me había exagerado la habilidad de mi adversario. En dos minutos, me puso fuera de combate, gracias á una estocada que mis padrinos y los suyos alabaron mucho. Mi admiración no fué menor, aunque ella no hubiese podido libremente manifestarse, porque he tenido que guardar cama durante seis semanas.

Habiéndose mostrado parte en este asunto las autoridades, se vió obligado el peruano á marcharse al extranjero. Ella le ha seguido á